Comisión de Derechos Humanos
integrada con la
Especial de Género y Equidad
S/C

Versión Taquigráfica N° 2097 de 2009

CICLO DE REFLEXIÓN: "A 36 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO"

**Versión taquigráfica de la reunión realizada
el día 15 de julio de 2009**

(Sin corregir)

PRESIDE:	Señora Representante Daniela Payssé (Vicepresidenta).
MIEMBROS:	Señoras Representantes Margarita Catalogne, Alba M. Cocco Soto y Nora Gauthier y señores Representantes Sergio Dancheff y Gustavo A. Espinosa.
INTEGRANTES:	Señoras Representantes Beatriz Argimón y Gloria Benítez.
ASISTEN:	Señor Presidente de la Cámara de Representantes, maestro Roque Arregui, Señora Senadora Margarita Percovich y señor Representante Alfredo Asti.
INVITADOS:	Señoras Matilde Rodríguez Larreta de Gutiérrez Ruiz, Lili Lerena de Seregni, Margarita Michelini, Belela Herrera, Orieta Rodríguez, Milagros Pau y María Azambuya.

SEÑORA PRESIDENTA (Payssé).- Habiendo número, está abierta la reunión.

Buenos días a todas y a todos. Es un gusto para la Comisión de Derechos Humanos, en esta oportunidad integrada con la de Género y Equidad, encontrarnos para realizar el cuarto Encuentro de Reflexión sobre el Golpe de Estado. Va a abrir el acto el señor Presidente de la Cámara de Representantes, señor Roque Arregui,

SEÑOR PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES.- Muchas gracias. Muy buenos días a todas y a todos los presentes.

En primer lugar, felicito la iniciativa que ha tenido la Comisión de Derechos Humanos, conjuntamente con la de Género y Equidad de la Cámara de Representantes, porque es una actividad muy importante. Por más años que pasen desde ese golpe de Estado que se dio en nuestro país, con más razón debemos tener presente lo que significó y sacar las enseñanzas correspondientes.

En este ámbito, desde esta sede del Parlamento, que es la Casa de la sociedad, la Casa del pueblo, quiero dar la bienvenida al panel de invitadas y a todos los participantes y presentes. Es un gusto que esta actividad se esté desarrollando en esta Casa.

El avasallamiento de la democracia y de las instituciones democráticas que se dio aquel 27 de junio de 1973, el día que lamentablemente ha quedado marcado como una fecha trágica para nuestro país, significa mucha cosa triste para la gente y para el tejido social. Se trata de la represión, de la supresión de libertades, de la violación a los derechos humanos como nunca jamás había pasado en la historia de nuestro país, del ataque a las instituciones democráticas, de las consecuencias trágicas en la vida de la gente y en el tejido social que se sufrió en la dictadura. No solamente es lo que se registra a través de un libro o de un texto relativo a la violación a los derechos humanos, sino una ruptura en el tejido social. Asimismo, en aquel tiempo se quiso instalar la cultura del autoritarismo y del totalitarismo. Por eso, ¡vaya si la democracia debe ser un valor común para todas y para todos los uruguayos! En momentos en que nos acercamos a instancias democráticas electorales, el valor supremo de la democracia debe unirnos absolutamente a todas y a todos los uruguayos y al contexto internacional. Veo que está presente el Embajador de Argentina y quiero recordar expresamente el contexto internacional, porque en momentos en que en América Latina un golpe de Estado ha derrocado a un Presidente legítimamente electo, debo felicitar a la comunidad internacional por la reacción rápida y eficiente que ha tenido en el tema.

Para culminar, me parece excelente que como convocatoria hayan establecido en esta recordación el rol de las mujeres en la dictadura. Creo que ha sido enormemente valioso. No voy a ser yo quien lo va a exponer pero ha sido un puntal para mantener el espíritu democrático, para recuperar la democracia y hoy en día para fortificarla y hacerla mucho más fuerte.

Quiero desearles una muy fructífera actividad en esta jornada, felicitarlas nuevamente y decirles que esta es la Casa de ustedes.

(Aplausos)

SEÑORA PRESIDENTA.- Reitero que este es el cuarto año que la Comisión de Derechos Humanos asume por unanimidad de los partidos políticos integrantes de esta Casa es importante resaltarlo el compromiso de reflexionar sobre el golpe de Estado. Por razones obvias, este año no lo pudimos hacer el 27 de junio, pero no renunciamos a hacerlo igualmente. Por eso estamos hoy todas y todos convocados.

El primer año, en 2006, fue una jornada de estas características a instancias reitero, de todos los partidos políticos integrantes de la Comisión de Derechos Humanos. El eje de esa actividad fue el quiebre de esta Casa, el cierre del Parlamento. Recibimos expresiones de todos los partidos políticos y una síntesis que trasmitió el Diputado más joven de esta Casa: el señor Pablo Álvarez.

Al año siguiente, el colectivo Niños Nacidos en Cautiverio ahora no son niños sino personas algo más grandes dio su testimonio. Eran aquellos olvidados en la historia, que padecieron junto con sus papás o con sus mamás, algunos incluso desde las panzas de sus mamás lo decimos siempre, el horror de la dictadura.

El año pasado llevamos a cabo la actividad con Familiares de Detenidos Desaparecidos, quienes también nos brindaron su testimonio. Participaron para dar sus testimonios Milka González, una generación, y Macarena Gelman, otra generación.

Este año, a través de la Comisión de Derechos Humanos conjuntamente con la de Género y Equidad, se buscó como eje seguramente lo vamos a seguir haciendo en la próxima Legislatura el vinculado a los roles que tuvieron colectivos de nuestra sociedad en aquella época tan dolorosa. Por eso es que hoy tenemos siete invitadas para tratar de reflexionar y de escuchar sus testimonios desde los lugares que como mujeres les tocó vivir en aquel entonces.

Sin más trámite, y porque hoy las protagonistas son ellas, es que vamos a darle la bienvenida a Matilde Rodríguez Larreta de Gutiérrez Ruiz, la esposa de quien era Presidente de la Cámara de Representantes cuando esta Casa fue avasallada el 27 de junio de 1973; a Lili Lerena de Seregni, esposa del querido General que todos sabemos lo que pasó pero que sin embargo salió sin rencores a seguir trabajando por la democracia y la libertad; a Margarita Michelini, hija, madre, presa, quien tratará de trasmitir diversas situaciones que le tocó vivir; a la querida Belela Herrera, que jugó un rol fundamental en aquella época de ayuda a quienes estaban en situaciones complicadas y algunas cosas más; a la señora Orieta Rodríguez, que tuvo que asumir un rol como lo hicieron muchas mujeres en aquella época: la madre de, la esposa de, la abuela de o la cuñada

de, es decir, el papel que tuvo que jugar una mujer en aquella época en la que la familia estaba tan estructurada en la división de los roles, pero que debió asumir de golpe otros y sin previo aviso; a Milagros Pau, que viene en representación del Departamento de Género y Equidad del PIT-CNT, porque el rol que jugaron las trabajadoras y los trabajadores de este país fue importantísimo en aquella época; y por último a María Azambuya, quien de alguna manera representa a la cultura de nuestro país, porque ¡vaya si la cultura jugó un rol y muy importante no solo en aquella época sino en la reconstrucción de los caminos para terminar con la dictadura!

Tienen la palabra para que sintéticamente nos enriquezcan con lo que tienen para decirnos, que no fue libretado. Simplemente nos contarán un poco de su experiencia e historia, pero seguramente desde lo profundo de sus corazones.

SEÑORA RODRÍGUEZ LARRETA DE GUTIÉRREZ RUIZ.- Señor Presidente de la Cámara de Representantes, señores legisladores, público en general: es con mucho respeto y emoción que participo en esta querida Casa de una sesión acordada por las Comisiones ya mencionadas, recordatoria del 27 de junio de 1973, cuyos treinta y seis años se cumplieron en vísperas de esa fiesta de la democracia que fueron las elecciones internas recientemente realizadas. Para todos los aquí presentes y para que este acto valga la pena, sin lugar a dudas, estos últimos treinta y seis años tienen una intensidad de vivencia que nos obliga a hacer un esfuerzo a la hora de poner en palabras los conceptos que queremos y debemos trasmitir hoy.

Ese día, los uruguayos de nuestra generación sentimos por vez primera lo que significa vivir o, más bien, comenzamos a aprender a vivir en una sociedad que no está protegida por las normas constitucionales que garantizan nuestros derechos más elementales como personas, y conocimos la inseguridad en su más amplio concepto.

Pertenezco a una generación entonces joven pero ya adulta, que sabía que en ese proceso que culmina en el atropello criminal del día que hoy recordamos, la democracia que nos vio crecer se nos iba escapando y que todos de alguna manera y en algún grado fuimos responsables por no haber sabido conservarla.

La prédica sobre el desprestigio de los sistemas democráticos a la hora de dar solución a los problemas sociales y económicos de la sociedad era cotidiana, y nos acostumbramos a escuchar hablar sobre "las libertades burguesas". Lo recuerdo porque tal vez esta generación pudo haber hecho algo para impedir que unos y otros nos sumergieran en esa noche negra que nos cubrió por trece años.

Hoy se nos solicita que recordemos esta etapa desde nuestra visión femenina, pero recuerdo que cuando el Estado de derecho no está vigente todos los ciudadanos, sin distinción alguna de sexo ni de edad, la sociedad en su conjunto, son las víctimas de la barbarie de los que ejercen el poder dictatorial. Aun así, me encuentro en el numeroso grupo de mujeres que debimos afrontar esta circunstancia como compañera de quien debido a su posición política debió dejar su patria y buscar asilo, en nuestro caso en Argentina.

Era entonces madre de cinco niños de entre cinco y once años de edad y, obviamente, mi prioridad era la integridad de la familia, con todas las dificultades imaginables desde el punto de vista práctico. No me parece necesario abundar en detalles que son por demás conocidos.

Tres años después mis hijos y yo vivíamos en Montevideo y compartimos toda la vida mutilada de entonces, así como el camino de la resistencia que en todas sus instancias emblemáticas fueron compartidas y ¿por qué no? protagonizadas por mujeres. Recordemos los famosos cacerolazos que salían del seno familiar. El año pasado, una Comisión integrada por personas de distintos ámbitos del quehacer nacional, auspiciada por la Dirección de Derechos Humanos del Ministerio de Educación y Cultura y por el Sistema de Naciones Unidas propició una exposición denominada "Señales éticas del 83" y recordó precisamente los episodios emblemáticos de ese año. Yo quiero, en este momento, recordar un episodio que no estaba incluido en esa exposición: la venida de Su Majestad el Rey de España, don Juan Carlos, que en una actitud de auténtica fe democrática visita nuestro país y solicita a la dictadura reunirse con los políticos de todos los partidos, todos proscriptos, hecho que sucede en la sede de la Embajada de España. Allí tiene lugar, repito, una manifestación espontánea vivía a una cuadra, y por tanto la viví profundamente de los vecinos y vecinas de la zona, cuyo grito fue: "¡Vivan los representantes de los partidos políticos!". Se decía eso a medida que iban entrando los invitados, todos ellos políticos de todos los sectores del país. ¡Qué sabiduría tiene esa frase! Es

una reflexión que quiero expresar, porque para mí es lo más importante: ¡qué sabiduría tiene el pueblo en esos momentos!, que va a la esencia del problema, que es la vigencia de los partidos como base de la democracia.

Entonces, me remito al formidable acto del Obelisco como expresión máxima de ese sentimiento. El 27 de noviembre de 1983, en un estrado presidido por un cartel cuyo texto decía: "Por un Uruguay democrático y sin exclusiones", y ante quinientas mil personas, Alberto Candeau decía que habíamos concurrido para reafirmar todos juntos y solemnemente nuestro compromiso irrenunciable, tras una década de regresión y de oscurantismo, de restituir a la nación su integridad, a los partidos políticos su papel insustituible que solo emana de las urnas, a los gobernados su derecho a elegirlos, a cada ciudadano su condición de elector y elegible, a cada hogar su tranquilidad económica y a cada uruguayo su derecho a ganar el pan con el sudor de la frente. Después de ese episodio y de todas las instancias compartidas por hombres y mujeres de nuestra sociedad, creo que las mujeres de hoy podemos renovar este compromiso al insertarnos en los partidos políticos de nuestra preferencia de manera de ayudar a sostener partidos fuertes y organizados, y convertirlos en reales instrumentos del sostenimiento de la democracia. Por lo tanto, y más que nunca en este lugar, ¡vivan los representantes de los partidos políticos uruguayos!

(Aplausos)

SEÑORA LILI LERENA DE SEREGNI.- Me resulta muy difícil expresarme. Nunca he actuado en política. Simplemente acompañé la vida política de mi marido. Durante la dictadura traté de ayudar a todo el que lo necesitara, creando esas cadenas que iban de aquí a Rocha, por ejemplo, para que alguien pudiera escaparse, buscando la forma para que de ahí pasara a Santa María para luego seguir su camino hasta llegar a alguna organización que le encontrara un destino.

No puedo hacer otras declaraciones porque no me gustaría expresar una realidad que viví intensamente, ya que en nuestra familia tan pequeña Seregni tenía solo una hermana hubo siete presos: dos en Punta Rieles, dos en Libertad, uno en Punta Carretas, Seregni por todos lados y uno que mataron en Malvín.

La única cosa que como mujer podía hacer era ayudar a todo el que se acercara a pedir una ayuda, un apoyo espiritual y a veces, si se podía, una ayuda económica.

No es mucho lo que puedo hablar. Frente a un periodista puedo expresarme de otra manera, pero frente a todos ustedes no sé hacerlo.

(Aplausos)

SEÑORA PRESIDENTA.- Le damos la palabra a la señora Margarita Michelini, y en ella recordamos a Elisa.

SEÑORA MICHELINI.- Traje para leer una carta de mamá, precisamente porque pensé que se iba a sentir la ausencia de Elisa.

Quiero agradecer por haberme invitado, pero a la vez reprochar porque esta situación me provoca nervios.

Antes de hablar sobre lo que pensé mucho, quiero recordarles que hay trabajos realizados por mujeres sobre la parte que me pareció entender que se quería rescatar, es decir, la más cotidiana, de todos los días, que quienes de alguna manera estamos vinculados a la política siempre lo mechamos con reflexiones o con lo que hemos ido cambiando o avanzando en nuestro pensamiento. Uno es "Memorias para Armar", que es una recopilación de mujeres ex presas. Luego se hizo una convocatoria pública y hay varios libros publicados con muchísimas anécdotas. Hay otro que revela una investigación en el que se han publicado fragmentos: "Mujeres en Tiempos de Incertidumbre", de Marisa Ruiz, donde una parte sustancial es todo lo que tiene que ver con la actividad de los familiares y la importancia de las mujeres en las cadenas de solidaridad y de información.

Tengo un amigo que se llama Carlos, de la época de preparatorios, que permaneció en Uruguay durante la dictadura. Un día me contó que cuando volvió la democracia, en aquellos encuentros sorpresivos y casuales que se dan en Montevideo o en otras partes de Uruguay con la gente, se encontró con una mujer amiga que

volvía del exilio. Luego de saludarse, ella le preguntó si había estado preso o exiliado, y él le contestó que no. Ella le dijo: "Ah, entonces no te pasó nada". Para él fue muy chocante, no supo qué contestarle, porque además le tenía mucho cariño. Cuando este amigo me contó esa circunstancia a mí me resultó algo muy fuerte, porque hubo mucha crueldad y situaciones de vida o muerte. Me refiero a cómo se va metiendo la dictadura como el agua entre las piedras y atacando a toda la sociedad, que quedaba desdibujada. En ese sentido, el libro "Tiempos de Dictadura. Hechos, Voces y Documentos", de Virginia Martínez, me parece muy ilustrativo. Ella recopila recortes de prensa e información día por día, desde el corte de pelo de los muchachos cuando iban al liceo, en fin, muchas anécdotas de una dictadura que fue avanzando sobre una cantidad de aspectos y sobre todo capturando y secuestrando la palabra, que es algo importante.

Como periodista, en 2004 entrevisté a algunas empresarias y una de ellas me contó que comenzó siendo empresaria porque la habían puesto en la oficina donde se clasificaba a los ciudadanos con las letras A, B o C. Me contó que, como el lugar que le habían destinado era feo y aburrido, decidió dejar ese empleo público y hacerse empresaria. Me dijo: "Pero eso no lo escribas, porque te compromete". Estoy hablando del año 2004.

Me pasó algo parecido con otra mujer de la que su padre había sido sindicalista y la estaba entrevistando por su trabajo de consultora de empresas. Me dijo: "Yo sufrí mucho cuando mi padre estuvo desaparecido en 1975 por sindicalista. Pero eso no lo pongas". Entonces, yo le dije que si me lo pedía de esa manera no lo iba a poner, pero ¡estábamos en 2004!

En 2005, una colega muy joven que fue una niña nacida en cautiverio que entrevisté también en una nota para Últimas Noticias sobre cómo había vivido su condición de hija de presa, estuvo dispuesta a darme su testimonio pero no quería que se supiera su nombre. El hecho de cómo la dictadura fue socavando a toda la sociedad sigue teniendo todavía consecuencias.

Les quiero contar una anécdota que tiene que ver con un colectivo de mujeres del que se habla poco, casi nada, que son las mujeres soldadas. No sé en qué año empezaron les debo esa fecha, pero cuando estábamos en Punta Rieles había muchas mujeres soldadas a quienes despectivamente les decíamos las "milicas", y ellas nos dirían de otra manera. Hay una anécdota que no la viví personalmente pero que es muy tremenda de dos mujeres soldadas que hablaban en un calabozo y una presa que las escuchó después me lo contó. Estas mujeres soldadas estaban recordando que en una oportunidad, cuando estaban en uno de los lugares de tortura, habían traído a un preso y que lo habían tirado allí. Y una le preguntaba a la otra si recordaba a aquel hombre, lo horrible que estaba y qué lastimado, y que cuando vomitó tuvieron que limpiarlo. Dijeron: "¡Las cosas que hemos pasado!". Esta amiga que me relató este episodio, me dijo: "¿Te das cuenta?". Claro, era horrible lo que tenían que hacer, pero lo que le pasaba a ese hombre era muchísimo peor. Esas mujeres fueron integradas al Ejército y en general tenían muchas menos posibilidades que la gente presa que, aunque de todas las condiciones sociales, en general habían recibido instrucción. Entonces, buscaban el Ejército como un lugar de ascenso social pero este las recibió con los valores totalmente trastocados. Recibieron una concepción del Estado, del Gobierno y de las instituciones horrible. Me parecía que hoy, que estamos recordando este episodio, este era uno de los apuntes, porque es muy poco lo que se sabe de lo que pasó con esas mujeres.

He pensado mucho y leí muchas cartas que me han quedado que eran de mi madre. También leí muchas cartas de Elisa, mi hermana, de mis hermanos que estaban exiliados, de quienes escribían a mi madre y cartas de mi padre. He testimoniado los horrores en todos lados, desde 1984 en Buenos Aires en la Junta de Comandantes y acá también en dictadura una vez que vino una Comisión de Derechos Humanos y medio clandestinamente nos llevaron para que contáramos cómo nos había ido en Punta Rieles y la peripecia personal.

Hoy pensé que era mejor traer algunas otras anécdotas porque en cualquier situación uno rescata lo bueno, puede ser feliz en un momento terrible, y también puede descubrir un sentimiento negativo en uno mismo como es el odio, por ejemplo, que de pronto uno nunca lo experimentó y en esa situación sí, pensando: "esta gente, además de hacerme todo esto, me hace experimentar un sentimiento espantoso". En algunas oportunidades hablamos con Matilde cómo a veces uno es capaz de vivir las cosas más domésticas, las más terrenas y las más horrorosas, y a la vez tener lindos momentos.

Una de esas cosas que quería contarles es acerca de mi hermano Marcos, el más chico, que tenía que ser abanderado pero la Directora de la escuela pública mi madre siguió mandando a los chiquilines a las escuelas

y liceos públicos, porque papá ya había muerto y no sé si por miedo o por convicción, no lo quería como abanderado. Pero la maestra peleó esa situación llamé a Marcos para que me contara los detalles pero no lo encontré y consiguió que igual él fuera abanderado. Esa mujer dio una lucha concreta por su dignidad y por la del niño. Como ese hay muchísimos ejemplos de mujeres y de hombres, porque a todos nos pasó algo con esta situación, pero también a quienes avasallaron las instituciones, a los que torturaron y a los que medraron con la dictadura. Eso es más bien algo de los psicólogos o de los dioses.

Estos episodios de la memoria nos ayudan a contar, a recordar y también a cambiar algunos pensamientos acerca de los que pudimos haber estado equivocados o de las cosas que no hicimos correcta o positivamente. A veces uno tiene el temor de que estas instancias se transformen en algo así como "¡qué bien nosotros, los democráticos!", y no se habla de las cosas equivocadas o malas, porque por ejemplo en la cárcel pasaban cosas malas entre las propias presas. Eso es algo que en general no se dice. No siempre éramos amigas y compañeras. A veces nos hacíamos cosas malas y otras vivíamos episodios maravillosos.

Muchos de estos recuerdos están en las cartas de mi madre, por lo que decidí entonces terminar mi exposición con un fragmento de una carta que mandó mamá desde París. La primera vez que visitó Europa, fue a París en marzo de 1980 para visitar a dos de mis hermanos exiliados y que no veía desde 1976. Fue un gran esfuerzo. En ese momento yo estaba presa en Punta Rieles, ella tenía que dejar armada a toda la familia, mi hijo chico estaba a su cargo, Marcos, mi hermano menor, era también chico y, además, la situación económica tampoco era floreciente. Pero finalmente hizo ese viaje y el 27 de marzo de 1980, el día de su cumpleaños, mandó una carta. Contiene una cantidad de anécdotas, de cosas concretas, pensamientos más profundos, cosas más trascendentes mezclados con lo cotidiano de la tierra, algo bastante femenino, por lo menos presente por ahora en nuestra cultura. En dicha carta expresaba: "Queridos todos: acaban de llegar los cuentos, cartas de Marcos y Eli […] Todavía no me junté con ellos, pero Graciela me leyó las cartas por teléfono, así que ya sé todo. Lamento que a Dora le haya picado el bicho peludo, porque sé que son dolorosísimos. Espero que ya se haya repuesto.- Tengo muchísimas cosas para contarles pero todavía estoy muy embarullada. No tuve ningún inconveniente en el viaje sacando que los quesos del Vasco pesaban de lo lindo." el Vasco era su consuegro "Al fin conseguí un muchacho que me ayudó a llevarlos y después a meterlos en la valija.- Cuando desembarqué en París y vi a los chiquilines me dio una especie de shock nervioso y quedé temblando y me castañeteaban los dientes. Eso solo me pasó alguna vez después de los partos así que vayan viendo cómo estaba.- Pero enseguida me repuse y fue una alegría que se podrán imaginar". La carta continúa, pero era esto lo que quería compartir.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA HERRERA.- Felicito por esta iniciativa que me parece muy linda. No asistí a las anteriores, pero felicito por esto a la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento.

Primero que nada quiero honrar y reverenciar a las madres de detenidos desaparecidos, a las abuelas de los nietos e hijos detenidos y desaparecidos que sin parar buscaron en cuanto lugar había para encontrar a sus hijos y nietos, aquí y en otros países. También quiero hacer un recordatorio muy especial de aquellas mujeres que parieron estando en prisión.

En el Chile de 1970 había plena libertad y mucha efervescencia, porque era la campaña electoral, con tres candidatos como ustedes saben, y había manifestaciones, demostraciones, viajes a Cuba, libertad absoluta. Acá teníamos las Medidas Prontas de Seguridad. A nadie se le ocurría pensar en algo así. Aquí teníamos presos, teníamos desaparecidos, mientras que en Chile reinaba ese espíritu de solidaridad por todos lados.

Después de ambos golpes, empezó a llegar la gente ya estaban llegando desde antes y Chile les abrió las puertas. Recibió a todos los que llegaron. Todos se integraron a esa euforia que se vivía. Había debates, foros y se discutían las ideas, como debía ser. Llegaban huyendo de la persecución de este país, aterrados, y los recibían con los brazos abiertos y se integraban a esa atmósfera que se vivía en Chile.

Después, vino el golpe de Estado y todos sabemos lo que fue. Los bandos militares llamaban a denunciar a los extranjeros porque habían traído la subversión a Chile. Había que denunciarlos. Empezó a desaparecer gente. La primera vez que supimos de un desaparecido fue en la oficina de ACNUR, en Santiago, porque una

mujercita llegaba con una foto en alto he contado muchas veces esto, diciendo: "Este es mi hijo, Tulio Quintiliano Cardoso, brasileño. Llegó a Chile en el Gobierno de Frei. Ingeniero Agrónomo. Dígame dónde está". Recorría con esa foto todos los días. Esa oficina de ACNUR también bullía de gente de los organismos internacionales que venía a traer denuncias de las personas que desaparecían, y hubo muchas mujeres uruguayas que tuvieron que asilarse. Algunas mujeres tuvieron que salir del asilo para tener a su criatura, a un hospital, custodiadas por un milico en la puerta.

De las mujeres que vivieron en Chile hay una desaparecida: Nelsa Gadea Galán. Desapareció el 22 de diciembre de 1973. De los siete desaparecidos uruguayos en Chile, ella es la única mujer. Era refugiada de ACNUR, reconocida como tal. Siguió viviendo en Chile porque pensó que no le pasaría nada. Trabajaba en una empresa, y desapareció yendo de su casa al trabajo. Todos los esfuerzos que hizo la comunidad internacional, con las presiones brutales que se ejercieron en Chile para que el Gobierno respetara los derechos humanos finalmente abrió cinco refugios en los que pudieron refugiarse hombres y mujeres; en ese momento, vivían en Chile 10.000 extranjeros, para poder encontrar a esta mujer detenida desaparecida, nunca obtuvieron una respuesta. Felizmente, este año los culpables de la desaparición de Nelsa Gadea Galán están presos.

Recién en 1975 pude venir a este país, munida de un pasaporte de Naciones Unidas, y me impresionó la sordidez, la pobreza, la tristeza que reinaba en las casas, en las familias, en las calles. Comparado con Chile, esto era un pozo. En Chile estaba la Vicaría de la Solidaridad, en pleno centro de Santiago, donde concurría la gente a hacer sus denuncias. Chile estaba siendo visitado por autoridades internacionales, por extranjeros de todo tipo que venían a preocuparse de los presos y a llevárselos, como el caso de Orlando Letelier y otro, aunque desgraciadamente después pasó lo que pasó. Pero aquí eso no existía. Aquí había colas de mujeres que todavía iban a preguntar por sus detenidos desaparecidos, por sus familiares, por sus hijos.

Olvidé decir que en Chile aparecieron los primeros nietos de desaparecidos uruguayos. Fue una fiesta y un dolor muy fuerte para esa abuela que los encontró y luego los dejó con una familia chilena que no tenía nada que ver con la dictadura ni con la represión. Tuvo que dejar a esos nietos. Acá le decían: "Pero, ¿cómo es posible? Has buscado a tus hijos y a tus nietos, y a estos los dejas en casas de extranjeros". Pero ella los dejó conscientemente, porque sabía que los tenían muy bien.

Volviendo a este país, había reuniones secretas. Y quiero recordar a mi madre que, con más de 83 años, reunía en casa a opositores que denunciaban las cosas que estaban pasando; a las parroquias, a las iglesias donde se leían las homilías de los sacerdotes progresistas que denunciaron abierta o secretamente en este caso lo que estaba pasando en este país. ¡Los vejámenes que sufrían esas mujeres, haciendo las colas! Y no había una ONG de derechos humanos que pudiera acudir a ayudar. A mí me daba mucha rabia porque veía todo lo que estaba pasando en Chile, que acá no pasaba. La Cruz Roja Internacional visitaba las cárceles, las prisiones no las clandestinas y denunciaba lo que estaba pasando, pero lo hacía en la forma en que lo hace la Cruz Roja Internacional: con un informe secreto que se entrega a las autoridades para que estas puedan tomar alguna medida en cuanto a la situación de algún enfermo o preso en especial. Aquí, vino la Cruz Roja Internacional el primer año, pero fue tan brutal el informe que hizo sobre la situación de nuestras cárceles que en Ginebra fue un revuelo enorme, porque se filtró un informe que es absolutamente secreto y solo se dirige a los gobiernos.

Recuerdo que por esa insistencia que ejercíamos algunos uruguayos que queríamos que, de todas formas, acá hubiera alguna instancia por la cual pudieran recibir algún cheque o ayuda aquellas madres que hacían enormes colas para ver a sus presos o detenidas y que luego tenían que volverse sin haberlos visto porque estaban castigados, tuvimos una reunión con Enrique Iglesias, con Monseñor Silva Henríquez y otras personas en Chile la Iglesia fue un factor primordial para poder denunciar la situación que se estaba pasando, en ocasión de la visita de Monseñor Partelli a Chile. Monseñor Partelli dijo: "No me animo. Yo no puedo hacerlo en Uruguay". No existía nada hasta que, finalmente, en 1983 surgió SERPAJ.

Quiero contar una anécdota, ya que Lili no hizo referencia a ella. Estando acá había venido de visita y faltando pocos días para el plebiscito, Lili llamó por teléfono a la casa de mi madre, donde yo me alojaba, y dijo: "Te voy a mandar un paquete de bombones". El paquete de bombones era un casete en el que el General Seregni hablaba sobre el voto en blanco. Fue la primera vez que tuve miedo. Naturalmente, esa conversación había sido grabada. Fui al aeropuerto a la mañana siguiente y, como recordarán, uno hacía sus trámites con el pasaporte y el pasaje y luego bajaba una escalera, pudiendo pasar ahí cualquier cosa. Yo tenía el casete

conmigo, con una responsabilidad muy grande, porque sabía que era la palabra del General y, afuera, significaba muchísimo saber qué pensaba él sobre el plebiscito. Así que Lili siempre fue un contacto que tuvimos cuando veníamos a este país para saber cómo se sentía lo que estaba pasando.

Cada vez que partía de Uruguay me envolvía una sensación de tristeza y de impotencia por no poder hacer algo más de lo que se estaba haciendo afuera, que tal vez no llegara tanto adentro.

Para terminar, citaré una frase de un poema muy lindo de Pablo Neruda, que expresa: "Y ellas, todas, fueron reinas".

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA PRESIDENTA.- Ahora va a hablar la señora Orieta Rodríguez. Ella me preguntó: "¿Qué voy a decir acá?". Orieta: di lo que te salga del corazón y lo que pueda ayudar para que conozcamos tu testimonio desde el lugar que te tocó.

SEÑORA RODRÍGUEZ.- Soy una de las tantas mujeres que estuvo en la época de la dictadura. Mi historia empezó antes de la dictadura, cerca de 1966.

En la dictadura, tenía varios presos: mi esposo, mi cuñado, mi cuñada, un veterano de 86 años, y dos hijas, más o menos adolescentes. Empezó mi historia yendo a los cuarteles del Prado, donde teníamos que llevar los bolsos. No sabíamos dónde estaban, pero dejábamos los bolsos y nos íbamos. Un día, estando en el Cuartel de Castro, vino un camión lleno de milicos e hicieron un intento de fusilamiento. Me impactó el momento, porque ninguno de nosotros nos movimos. Nos quedamos con el paquetito al lado y nos miramos. Entonces, dije: "Si podemos hacer otro, podemos seguir la historia". Así fue. Fuimos a Punta de Rieles, a Libertad, ayudamos a los jóvenes que en aquel momento entraban a los liceos, tuvimos clandestinos donde trabajábamos, algunas muchachas embarazadas. No pudimos salvar a algunas que fueron violadas. Así fue nuestra historia, que es corta porque no sé hablar. Me da pánico el micrófono. No estoy acostumbrada a ello, como las compañeras que tienen experiencia en su haber.

Ayudé a todo el que pude y, al que no pude, lo lamenté toda mi vida. Tuve clandestinos en una casa de al lado. Un día me pidieron salir por mi casa y, ¿qué dije? "¡Cómo no! Salí". Me preguntaron: "¿Vos no pensás en los demás?". Dije: "No. Yo pienso que ellos mañana pueden estar muertos".

No sé si sirve esta historia, pero esa es la que tengo, es la que viví.

(Aplausos)

SEÑORA PAU.- Buenos días a todas y a todos.

Es muy difícil hablar después de las compañeras, diosas, reinas y heroínas de nuestro país, con sus anécdotas y vivencias.

Como se darán cuenta, en la dictadura era una adolescente, pero, de alguna manera, de todas las presentes y de las que no están aprendimos y nos incorporamos a la lucha del movimiento sindical con orgullo de ser mujeres y trabajadoras. En ese aspecto, concurro aquí representando al Departamento de Género y Equidad del PIT-CNT, y agradezco a las compañeras que me hayan designado para ello.

Podría hablar de las vivencias personales de adolescente, pero creo que no sería justo. Considero que puedo hablar de lo que significó el movimiento sindical en este país, a la hora del golpe de Estado, de lo que significaron las mujeres que integraban ese movimiento sindical, muchas veces opacadas porque los dirigentes eran varones. Las mujeres no eran reconocidas en cargos porque, de alguna manera, aún primaba la oscuridad del trabajo de las compañeras trabajadoras; ahora también, pero menos, por suerte, gracias a nuestro trabajo y al de ellos.

Voy a citar dos o tres anécdotas que me contaron mis mayores, mis maestras.

Primero que nada, quiero hacer un reconocimiento a todas las compañeras dirigentes y no dirigentes del movimiento sindical que estuvieron en el golpe de Estado y, en especial, a Jorgelina Martínez, del Congreso Obrero Textil,…

(Aplausos)

—— …que creo que fue un hito de conducción para muchas mujeres trabajadoras que, de alguna manera, tenían miedo, como todos tuvimos, como tenían los adolescentes en el liceo, las trabajadoras y toda persona uruguaya con un mínimo de conciencia de que se habían derrocado las instituciones y de que nuestro país estaba siendo devastado.

Mi honor a Elena Rolandes, una compañera de la Aguja; a Luche Fabri, una docente de Facultad de Ciencias, que fue quien organizó la ocupación de la Facultad con los estudiantes y resistió cuando vinieron a sacarlos para llevarlos presos por estar involucrados en tareas clandestinas; a Luisa Ferreira, una compañera judicial que trató de mil maneras de hacer desaparecer o enlentecer documentos para evitar actos judiciales en los que se pudiera involucrar en mayor medida a muchos compañeros. Puedo seguir nombrando: Beatriz Martínez, Alba Alonzo y Luz Diez, del Hospital de Clínicas, y me voy a detener aquí. Creo que no tengo autoridad para hablar de lo que significó el golpe de Estado ni la resistencia de mis maestras mujeres, pero sí quiero contar una anécdota que quizá no todo el mundo conoce. En el Hospital de Clínicas, las compañeras Alba Alonzo y Luz Diez organizaban los plenarios de la CNT clandestinos. Hacían pasar a la gente por enfermos. En la hora de visita entraban como visitantes de enfermos, los colocaban en una cama y les daban el ingreso, poniéndolos en una sala común. De esa manera, en los años 1973 y 1974 funcionó el plenario de la CNT. Se quedaban hasta el otro día y salían, sanos y salvos, en el horario de visita. De esa forma se construyó la resistencia.

La Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay, en el que había compañeros varones y algunas mujeres también, no recordadas, fue uno de los centros fundamentales de la resistencia del movimiento sindical, con las mil creaciones de actividades que no tenían nada que ver con el movimiento sindical juegos, actividades de guardería, que marcaban un punto en el que nos podíamos reunir los trabajadores de la época. Fíjense que dije: "Nos podíamos reunir", y yo tenía quince años. No obstante, siento que estábamos.

No quiero olvidarme de ninguna compañera, porque tengo varias para recordar: Graciela Aramburú, Mabel Pizzarro, Sonia Guarnieri, María Luisa Alcoba, y quizá olvide miles. Pero creo que lo importante fue que la mujer, en el golpe de Estado, en el movimiento sindical demostró ser más que una trabajadora, más que una madre, más que una mujer: fue codo a codo con el hombre la fortaleza de una resistencia. Por eso, la dictadura nació muerta. Las compañeras de las fábricas y de las textiles no debemos olvidar lo fundamental que fueron los compañeros textiles organizaban guarderías dentro de las fábricas para poder ocupar. Llevaban a sus niños enfermos, llamando a compañeros médicos para no tener que abandonar la fábrica y poder resistir. No muchas mujeres se encontraban preparadas para asumir ese rol.

Entonces, compañeras, saludo este acto y a mis maestras mayores, porque gracias a ellas adquirí la conciencia y hoy integro el colectivo del movimiento sindical. La democracia está en deuda con las mujeres; la historia también lo está.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA AZAMBUYA.- Queridos compañeros y compañeras: la verdad es que cuando me invitaron a participar de este encuentro dudé que tuviera algo interesante que contar, pero cuando me dijeron que eran solo cinco minutos pensé que en mi larga vida de militante de la cultura tendría que existir algún acontecimiento que me gustara compartir con ustedes.

Considero que es muy importante que, aunque sea en estos recordatorios, nos juntemos para contarnos historias, porque de estas pequeñas historias es que está hecha la Historia, con mayúscula, la que está escrita en todos lados. Si no las contamos, nos olvidamos, desaparecen.

Mi lugar de resistencia siempre fue junto con los compañeros de "El Galpón". Nuestra espada para combatir la dictadura o la injusticia, en general, fue el teatro.

No recuerdo el día del golpe exactamente, pero sí recuerdo el día siguiente. Al otro día del golpe, teníamos planificada una reunión en "El Galpón" para hablar del repertorio. Nos juntamos y llegamos a la conclusión de que lo mejor que podíamos hacer eran textos que convocaran a mucha gente, no lo que normalmente se decía "un teatro político" sino textos que convocaran gente.

Cada estreno de "El Galpón", desde el fatídico 27 de junio de 1973 hasta el 24 de abril de 1976, día en que pedí asilo en la Embajada mexicana, fue signado para golpear a la dictadura en lo que más le dolía: juntar a la gente, no dejar que el miedo nos separara. "El Galpón" debía cumplir esa misión: tener la sala siempre llena y estar siempre juntos, no importando el texto que se hiciera. Se hacían funciones en la sala y en la calle, y los días de huelga general, en la puerta de las fábricas, junto con los compañeros del canto popular.

El 7 de mayo caía el baluarte de la "Sala 18" en manos de la dictadura y la mayoría de los dirigentes se asilaron en la Embajada mexicana. De ahí, como el ave Fénix, "El Galpón" en el exilio fue la herramienta para denunciar todo lo que sucedía en nuestro querido país. Miles de funciones teatrales en todo el mundo hicieron que se oyera la voz de los sin voz, de los que estaban aquí y no podían hablar. Contamos sus historias en formas de metáforas o con la crudeza de la realidad, como en "Pedro y el Capitán", de Mario Benedetti. Todas nuestras obras del exilio hablaban de lo que aquí sucedía. Las hicimos en los pueblos sin nombre en México y en Washington D.C., en Venecia, en Moscú y en toda América Latina. Recorrimos miles de kilómetros para contarle al mundo: "En mi país, qué tristeza, la pobreza y el rencor".

El exilio duró casi nueve años. Nos pasó todo y de todo; tuvimos hijos, se nos murieron compañeros, se nos murieron nuestros padres acá mi padre y mi madre murieron cuando yo estaba en el exilio, pero apenas vimos una luz ya estuvimos aquí, de regreso. El 12 de octubre de 1983 no olvidaré nunca más ese día; un día soleado, típico de primavera, recorrimos la rambla del regreso, con nuestros cuerpos afuera de los ómnibus, las gargantas roncas y los ojos nublados, y nuestros hijos mexicanos, arrancados de sus patrias, ahora ellos exiliados.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA PRESIDENTA.- Creo que los testimonios han sido más que elocuentes. Si algo invade esta Sala hoy no solo es el compromiso de que esto no vuelva a suceder, sino, además, la emoción de escuchar cómo habla el corazón, y cuando habla en la boca de las mujeres, realmente habla el corazón.

SEÑORA ARGIMÓN.- Quiero agradecer nuevamente a la Comisión de Derechos Humanos que nos haya hecho detener nuestras actividades para hacer algo que precisamos hacer, un ejercicio que esta Casa quiere hacer y debe hacer anualmente, que nos sigue comprometiendo y desafiando, pero, por sobre todas las cosas, nos debe llamar a algo que nosotros compartimos con ustedes desde el inicio de esta Legislatura: dejar el mensaje a las nuevas generaciones y a las mujeres. De eso se trató hoy. En esta Casa y en el mundo político, la mirada masculina prima y, como tantas compañeras en distintos ámbitos, nosotras hemos tenido que demostrar que la mirada femenina es constructora de la historia y de realidades cotidianas, que no compite sino que es diferente y complementaria.

Ese compromiso que tenemos para que esto perdure, fundamentalmente para las nuevas generaciones, tiene también el compromiso y el respeto a todas las miradas. Eso hicimos hoy con esta propuesta en este año, que supo perdurar aun en el festejo democrático de un año electoral, que conlleva por sobre todo el saber que en la próxima Legislatura, esté quien esté, se va a seguir recordando y manteniendo estos ratitos de reflexión compartida y de compromiso de futuro.

Gracias, señora Presidenta, y agradezco también a los compañeros de la Comisión de Derechos Humanos. Para nosotros, que formamos parte de la Comisión de Género y Equidad pero tenemos nuestro corazoncito en la Comisión de Derechos Humanos aunque ahora estamos en otra, era fundamental hacer esto en este año, dándonos este espacio de reflexión.

(Aplausos)

SEÑORA COCCO SOTO.- Hago nuestros los testimonios que se han dado hasta el momento, pero quiero compartir con el colectivo algunas anécdotas de mi departamento, Salto, aunque estoy segura de que, lamentablemente, esos testimonios se repitieron en cada uno de los departamentos, tanto en la capital como en el interior.

Recuerdo la cola de los jueves en el Cuartel de Salto, en el Batallón de Infantería Nº 7, donde iban las madres, hermanas e hijas, en algunos casos, con los paquetes de ropa limpia y con algún alimento que se permitía dejar. También veíamos cómo, jueves a jueves, algunas compañeras no concurrían más porque habían sido detenidas. |También recuerdo una anécdota de un compañero que estuvo preso en el cuartel de Salto, que le comunicarían a la esposa si le firmarían o no la libertad. La señal que habían acordado porque el cuartel tenía un sector donde sacaban a los reclusos a trabajar la tierra y se veía la calle era que si le firmaban la libertad, ella iría con una camisa roja, para que fuera bien visible. Ese compañero hoy es Diputado suplente de esta Cámara, y ella ya no está entre nosotros, pero dejó su testimonio de vida, porque esa compañera, además, fue uno de los puntales de la filial de Salto del movimiento nacional de destituidos. Quienes sufrimos la destitución de nuestros trabajos públicos fuimos exiliados y exiliadas dentro del país. En Montevideo la destitución quizás podía pasar un poco más inadvertida, más anónima, por ser una ciudad más grande, pero en el interior algunos cruzaban la calle para no encontrarse con nosotras y con nosotros.

Había una y mil formas de sobrevivir, porque además de la supervivencia individual y familiar se trataba de colaborar y ayudar a las compañeras que tenían que viajar a Libertad para visitar a sus maridos o hijos. También ayudábamos de otra manera, porque al estar tan cerca de Concordia muchos pasaban por el río Uruguay en chalanas, botes o, cuando todavía no habían sido requeridos, en la lancha que comunica diariamente la ciudad de Salto con Concordia. Sabemos que esto pasó en toda la costa del río Uruguay y en otras zonas fronterizas.

Entonces, tal como lo han hecho otros compañeros y compañeras, quiero asumir el compromiso de que nunca más esto vuelva a suceder.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑOR ESPINOSA.- Antes que nada, quiero valorizar los testimonios y expresiones de quienes hicieron uso de la palabra.

Como se sabe, no suelo contar muchas anécdotas personales, pero creo que en esta ocasión sería importante contar una. Quien habla proviene de una familia muy pobre de Canelones, tanto que cocinaba con leña que provenía del Parque Artigas, de lo que iba cayendo de los árboles. Con mi abuelo y abuela durante mucho tiempo fuimos temprano a la mañana a buscar la leña para cocinar.

Llegó un tiempo año 1973 en que esa zona del parque fue ocupada por militares y la fuerza de choque instaló allí algunos vagones y construyó calabozos. El tiempo permitió, indudablemente a través del ejercicio de mi función pública, que ese lugar se pudiera recuperar, y se logró con el esfuerzo de muchos hombres y mujeres para que, reacondicionándolo, se hiciera un plan piloto, un centro cultural, un centro de esparcimiento para los niños pobres de la zona. Hubo que decidir he aquí el objeto de la anécdota algo muy importante. El edificio donde se construyó ese centro aún tenía las instalaciones de los calabozos, en esos vagones. Lo más lindo de la historia es que muchas mujeres de esa ciudad sin importar de dónde venían, pensaban ni qué idea política partidaria profesaban y todos decidimos mantener esa infraestructura para integrarla a un pensamiento importante: sustituir el dolor por la alegría, por la esperanza, sustituir aquellas lágrimas por las semillas que permitieran a los vecinos de esa localidad de Canelones consagrar de una vez por todas independientemente de lo que pensaran o qué parte de la película hubieran vivido la idea de eso nunca más debería volver a ocurrir en Uruguay.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑORA PRESIDENTA.- Por último, en nombre del Presidente de la Cámara de Representantes, quien tuvo que retirarse por compromisos en este preciso momento, y de las Comisiones de Derechos Humanos y Especial de Género y Equidad de la Cámara de Representantes aprovecho para comentar que estas Comisiones no existen en el Senado, quiero agradecer nuevamente a las queridas Matilde, Lili, Margarita, Belela, Orieta, Milagros y María por lo que nos han enseñado e ilustrado y, reitero, nos han movido el corazón.

Se levanta la reunión.